

La casa sosegada

Sobrevivir, pensaba Luisa en la cama, tarde o temprano todo se reduce a sobrevivir, igual que una bacteria elemental que se mueve por impulsos primarios en un caldo saturado de otros organismos que intentan desesperadamente lo mismo: seguir con vida, todos a por todos, sin pasión, ejecutando simples movimientos reflejos, respondiendo cada cual a su condición particular, para devorar o ser devorado, huir con rapidez o acorazarse en la inmovilidad, absorber sustancia o desprenderla, ser y permanecer o bien fundirse en el algo del otro, la nada de la disolución de uno mismo. Así funciona la cadena trófica, concluyó Luisa mientras se liberaba del embozo de las sábanas, no hay escapatoria posible, la vida es poesía tremendista y luego toca levantarse de la cama sin rencor. A Luisa le encantaba exprimir esos cinco minutos escasos que mediaban entre que sonaba el despertador y ponía los pies sobre la alfombra. Una concesión diaria que hoy cobraba mayor sentido, porque poner el despertador un sábado, por voluntad propia, ya no era sobrevivir sino haber sobrevivido. Un lujo. Y mientras hubiera lujos se prolongaba su existencia, la certeza de estar jugando en el bando correcto. Ganar era eso: tener el tiempo de tu parte y saber manipularlo con la debida levedad, sin exceso, contenidamente. Suspiró resignada. Con la punta de los dedos acarició la mejilla de su marido y le dijo: Vamos.

Como un fogonazo, casi sin darse cuenta, las rutinas se solaparon y les pisaron los talones. En veinticinco minutos Miguel y ella se ducharon, desayunaron, se vistieron, cargaron las maletas en el coche y ya estaban en marcha. Ser eficientes, pensaba Luisa al entrar en la autovía, otorga a la vida el sabor inconfundible del éxito; los vagos caen por el borde del acantilado cuando la multitud rebasa los límites del territorio habitable. Y últimamente ellos sentían el borde cada vez más cerca, no por vagancia, sino por un defecto peor y menos gratificante, haber cometido el error de la autocomplacencia de aquellos que se creen superiores a la mayoría. La trampa de la vanidad. Porque hoy en día ser inteligentes ya no era una garantía, más bien un lastre. Las leyes naturales se habían subvertido en los últimos tiempos, lo importante no era poseer un buen cerebro sino tener buenos dientes. Pensaba todo esto para no pensar en lo otro.

—No pienses en ello —le dijo Miguel, y le acarició la mano derecha, que Luisa llevaba aferrada al volante como una garra. Ella negó con la cabeza, relajó la mano y luego miró al retrovisor e hizo una mueca de fastidio.

—No pienso en ello, descuida... Qué horror, da igual que madrugemos, la carretera está imposible. Hasta ser previsor se ha vuelto estresante. Somos demasiados. No sé de dónde se sacan que ha disminuido la población, a mí me parece que hay gente por todas partes, que nos hemos multiplicado por cien.

—Es por la prisa, mujer. Cuanto más rápido vamos, aumenta la percepción de cantidad. Un parque lleno de gente corriendo parece abarrotado, pero si todos se sientan parece que no hay nadie.

—Siempre que no busques un banco para sentarte...

—Claro... Tú esperabas que no hubiera tantos coches y por eso te parecen demasiados.

—La culpa es de internet. Antes la gente esperaba unas horas para saber si haría buen tiempo y los indecisos dejaban un margen de maniobra. Ahora todos consultamos el móvil y si dice que hará un día soleado nos lanzamos a la carretera como hormigas histéricas que huyen del fuego.

—Pero internet puede equivocarse en la predicción.

—Dios no se equivoca.

—Internet no es Dios.

—Eso depende, Miguel. Internet es ya omnipresente, tiene el don de la ubicuidad, lo sabe todo, sabe dónde estamos, qué hacemos, qué compramos, a qué aspiramos, qué nos interesa... Es más dios que el anterior.

—Y le importamos lo mismo que al otro.

—Un poco más, porque somos consumidores voraces y damos de comer a sus sacerdotes-programadores. Lo cual tiene sus ventajas, este dios es más tangible que el otro y al menos los de Silicon Valley no nos sueltan sermones.

—Y siempre podemos quejarnos, que seremos atendidos.

—Por eso te interesa a ti el dios anterior: por arcaísmo masoquista.

—Es una reliquia, parte de la vieja tradición. Todavía tiene seguidores, acólitos. Alabado sea, si al menos me da de comer.

—No sé yo si el cinismo te será muy útil, Miguel.

—Lo que importa es mantenerse en el contexto.

—Vender el producto.

—Esa es ya la única creencia que queda. El mercado sí que es Dios.

—El padre de Dios, el padre de todo.

Se conocían demasiado. Luisa y Miguel podían mantener este tipo de conversaciones como una interminable

partida de pimpón con bandos indistinguibles. Pero bastaba una caricia de cualquiera de los dos para hacer un receso. Ahora le tocó a ella, que rozó la punta de la nariz de él con un barrido de índice y le llamó guapo. Miguel le sacó la lengua. Estaban ya bien despiertos, atentos, activos, sus caras risueñas florecían con ojos de niños resucitados. Pero no hablarían de ello, todavía no, era un pacto. Les quedaba una hora de viaje lento, con sus exasperantes retenciones. Dedicaron unos instantes de tregua verbal a la contemplación del paisaje. La mar estaba rizada, una ligera brisa plateaba las hojas de los abedules que flanqueaban la autovía, el sol perdía su timidez entre unas nubes bajas que se disolverían en cuestión de minutos para dejar paso a un día azul y caluroso. Muy caluroso.

Julio. Principio del verano en la costa. Después de una primavera decepcionante pasados por agua, era el primer fin de semana que hacía sol, sábado y domingo, según los pronósticos. Los cuerpos de los veraneantes no cabían en sí mismos, como motos aceleradas, con ansia por hacer cosas, lo que fuera, desde cortar el césped o podar árboles que no necesitaban poda hasta simplemente mover las piernas con la prisa de la ciudad intentando acomodarse a la prometida calma del pueblo playero. Pasarían todavía varios días hasta que lograran calmarse. Muchos no lo conseguirían, y en vez de adecuar su ritmo a las circunstancias lo pondrían a prueba diseñando actividades frenéticas que dilatarían sus vacaciones hasta convertirlas en una experiencia digna de un largometraje con más paja que contenido: torneos de fútbol, de bolos, de palas, de pesca; excursiones kilométricas, excursiones cortas pero intensas, excursiones que los llevarían cerca